

1. VIVIR A LA ORILLA DEL RIO.

Hacía frío. Yo caminaba tranquilamente a la orilla del río, un río cuyo nombre desconozco. Vestía con mi abrigo rojo, el cual no abrigaba lo necesario en días tales como aquel, en el que los termómetros de la calle marcaban 5°.

El año acababa de comenzar, y por lo tanto la temperatura que hacía aquel día no era extraña, pero yo tenía una sensación extraña recorriendo mi interior. Mientras esa sensación se apoderaba de mí, yo continuaba avanzando tranquilamente rumbo a mi lugar favorito.

No se veía a mucha gente por la calle. Mejor dicho, no se veía a nadie. Yo mientras tanto continuaba acercándome al ya mencionado lugar; por mi lugar favorito del pueblo, y quién sabe, tal vez del mundo.

Finalmente llegué al lugar. Aquel lugar no tenía nada de especial, si he de ser franco, pero para mí tenía algo especial. Tal vez era el aire limpio que allí se respiraba, tal vez era por que era un lugar parecido a una pradera, pero en medio de mi pueblo y al lado de un riachuelo.

Yo me sentaba en un banco situado al lado del riachuelo y me ponía a leer. En aquel lugar se podía leer tranquila y relajadamente, pese a que de vez en cuando alguna persona pasaba por el puente sobre el riachuelo.

No sé cuantos libros me habré leído en aquel mini-paraiso en la Tierra, lo que sí

sé es que todavía no he encontrado un lugar mejor para pasar las horas muertas.

Yo disfrutaba las horas que pasaba allí, pero un día, y sin previo aviso, el Ayuntamiento ordenó la construcción de edificios en aquel lugar; ¡en mi paraíso!

Yo no pude hacer otra cosa que despedirme de aquel lugar, y ver como las máquinas y los obreros construían edificios a un gran ritmo, y a la vez que dichos edificios se levantaban, mi pequeño paraíso iba desapareciendo.

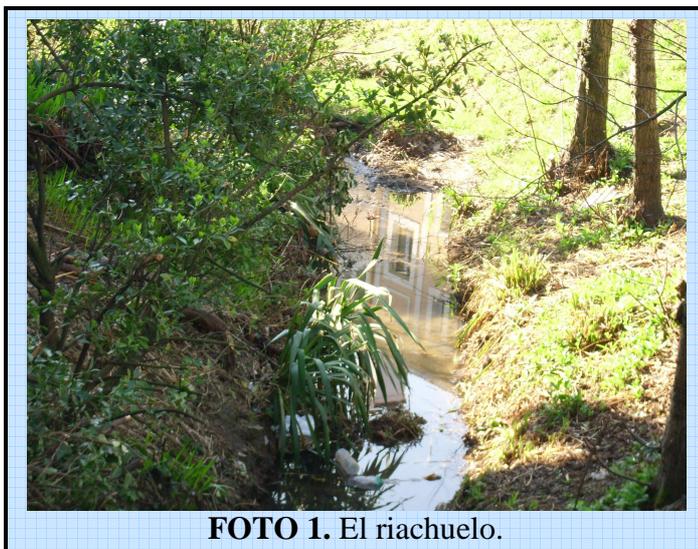


FOTO 1. El riachuelo.

¡EN ESTE RÍO NO HAY QUIÉN VIVA! *La influencia del pueblo en la regata Zubitxo*

Han pasado 10 años desde entonces, y paradójicamente hoy en día yo vivo en uno de los edificios construidos en lo que fue mi paraíso. Cada día salgo de casa a las siete de la mañana, y paso por el puente sobre el riachuelo, el cual aún se conserva, eso sí, más contaminado de lo que estaba cuando pertenecía a mi paraíso.

El vivir donde vivo me permite recordar mi paraíso, y tal vez esa sea la razón por la que me compré un piso aquí, porque tal vez tenía la intención de recrear aquel paraíso, aunque fuera a varios metros de altura de lo que estuvo en su origen.

Hoy ya sé que la extraña sensación que tenía aquel frío día de Enero, se debía a que la unión entre yo y mi paraíso estaba cercana a finalizar.